

MAURICE LEBLANC

ARSÈNE LUPIN

CABALLERO LADRÓN

Traducción de Zulema Couso
y Antonio Prometeo Moya



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Arsène Lupin, gentleman-cambrioleur*

Autor: Maurice Leblanc

© 2021, de la traducción, Zulema Couso y Antonio Prometeo Moya

ISBN: 978-84-18538-50-6

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 2.776-2021

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: marzo de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Romanyà Valls

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*«Arsène Lupin solo permanece en la cárcel
el tiempo que le plazca y ni un minuto más.»*



1

LA DETENCIÓN DE ARSÈNE LUPIN

Qué viaje tan extraño! ¡Con lo bien que había comenzado! Por mi parte, jamás me había embarcado en una travesía con tan buenos presagios. El *Provence* era un trasatlántico rápido, cómodo y capitaneado por un hombre de lo más amable. A bordo viajaba la flor y nata de la sociedad, que pasaba el tiempo de la manera más agradable, entablando relaciones e improvisando maneras de divertirse. Disfrutábamos de la extraña sensación de estar apartados del mundo, a solas con nosotros mismos, como si nos encontráramos en una isla desconocida y no nos quedara otra opción que relacionarnos.

Y así hicimos.

¿Alguien se ha parado a considerar lo original e imprevisto de semejante reunión de personas? Un grupo que ni siquiera se conocía la víspera pero que ahora, durante unos días, entre el cielo infinito y el inmenso mar, se veía obligado a vivir la experiencia más íntima, a desafiar la cólera del océano, el aterrador ataque de las olas, la crueldad de las tempestades y

la calma traicionera del agua adormecida. En el fondo, no es sino una especie de trágico resumen de la propia vida, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y tal vez por eso se devora con ganas y prisa febril ese corto viaje del cual se divisa el fin desde el mismo momento en que se inicia.

Sin embargo, en los últimos años, se había incorporado una nueva sensación a las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante sigue unida a ese mundo del cual nos creíamos liberados. Perdura un lazo, que se desata poco a poco en pleno océano, y poco a poco también se vuelve a anudar. ¡El telégrafo!, que llama desde otro universo y a través del cual llegan noticias de la forma más misteriosa que existe. Nuestra imaginación es incapaz de evocar los cables por los que se desliza el mensaje invisible. El misterio es más insondable y también más poético, y hay que recurrir a las alas del viento para explicar este nuevo milagro.

Durante el primer día de viaje, sentimos que nos seguía, que nos escoltaba, incluso que nos precedía esa voz lejana que, de vez en cuando, nos susurraba a alguno de nosotros unas palabras llegadas de un mundo lejano. Dos amigos se comunicaron conmigo. Otros diez, tal vez veinte, nos enviaron a todos, a través del espacio, palabras de despedida tristes o alegres.

Pero el segundo día, a ochocientos kilómetros de la costa francesa, durante una tarde de tormenta, el telégrafo transmitió el siguiente comunicado:

Arsène Lupin a bordo, primera clase, cabellos rubios, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R...

En ese preciso momento, un violento trueno estalló y atravesó el cielo sombrío. Las ondas eléctricas se cortaron.

El resto del comunicado no llegó. Del nombre bajo el cual Arsène Lupin se ocultaba solo sabíamos la inicial.

De haberse tratado de otra noticia, no dudo en absoluto que el operador telegráfico y los oficiales de la embarcación habrían guardado escrupulosamente el secreto. Pero hay acontecimientos que escapan de la discreción más rigurosa. Aquella misma noche, sin que nadie pudiera explicar cómo la noticia se había propagado, todos los pasajeros sabíamos que el famoso Arsène Lupin se escondía entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El ladrón invisible cuyas proezas ocupaban las páginas de los periódicos desde hacía meses! El enigmático personaje con el que el viejo Ganimard, nuestro detective más astuto, había entablado aquel duelo implacable que se desarrollaba de la manera más pintoresca. Arsène Lupin, el elegante caballero que operaba solo en castillos y salones, y que una noche había entrado en la residencia del barón Schormann, para salir con las manos vacías después de haber dejado su tarjeta en la que había garabateado las siguientes palabras: «Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos». Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces, que tan pronto aparecía como chófer, tenor, corredor de apuestas, hijo de familia, adolescente, anciano, comerciante marsellés, médico ruso ¡o incluso torero español!

Hay que entenderlo bien: Arsène Lupin, campando a sus anchas por el espacio limitado de un trasatlántico. ¡Qué digo! Por el pequeño rincón que constituye la primera clase de un barco, donde todos nos encontramos a cada momento, en este comedor, en este salón, en esta sala de fumadores. Quizá, Arsène Lupin era aquel señor. O aquel otro. O mi vecino de mesa. O mi compañero de camarote.

—Y esta situación se prolongará todavía durante cinco días —exclamó a la mañana siguiente la señorita Nelly Un-

derdown—. ¡Es intolerable! Confío en que lo detendrán. —Y entonces, dirigiéndose a mí, añadió—: Monsieur Andrésy, usted tiene muy buena relación con el capitán, ¿seguro que no sabe nada?

¡Hubiera deseado tanto saber algo, aunque solo fuera por agradar a la señorita Nelly! Era una de esas criaturas magníficas que, estén donde estén, llaman inevitablemente la atención. Deslumbran tanto por su belleza como por su fortuna, y tienen una corte de fervientes y entusiastas admiradores.

Educada en París bajo el cuidado de una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el millonario Underdown, de Chicago. La acompañaba una de sus amigas, lady Jerland.

Desde el primer momento en que la vi, había decidido iniciar un coqueteo con ella. Pero, en la rápida intimidad del viaje, sus encantos causaron tal impresión en mí que, turbado, me sentí incapaz de seducirla cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Sin embargo, mis halagos gozaban de su favor. Se dignaba a reírse con mis frases ingeniosas y mostraba interés en mis anécdotas. Al parecer, respondía con cierta simpatía a la buena disposición que le demostraba.

Sin embargo, un rival me inquietaba: un joven guapo, elegante, reservado, cuyo carácter taciturno ella parecía preferir a mi frivolidad parisina.

Precisamente, dicho joven se encontraba entre el grupo de admiradores que rodeaban a la señorita Nelly en el momento de dirigirme la pregunta anterior. Estábamos en el puente, cómodamente instalados en mecedoras. La tormenta de la noche anterior había despejado el cielo y ahora hacía un tiempo delicioso.

—No sé nada con exactitud, mademoiselle —le respondí—. Pero ¿caso no podemos investigar nosotros mismos

igual de bien que lo haría el viejo Ganimard, enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh! Eso son palabras mayores.

—En absoluto. ¿Cree que es un asunto complicado?

—Muy complicado.

—Eso es porque olvida que contamos con varias pistas para resolverlo.

—¿Qué pistas?

—Primero, Lupin se hace llamar señor R...

—No es un dato demasiado preciso que digamos.

—Segundo, viaja solo.

—Si eso bastara...

—Tercero, es rubio.

—¿Y bien?

—Pues que lo único que tenemos que hacer es consultar la lista de pasajeros y proceder por descarte.

Llevaba dicha lista en el bolsillo, así que la saqué y me puse a examinarla.

—En primer lugar, solo hay trece personas cuyos nombres comienzan con la letra R.

—¿Solo trece?

—Sí, en primera clase, sí. Y de esos trece señores R..., como podéis comprobar, a nueve de ellos los acompañan esposas, niños o sirvientes. Lo que nos deja con cuatro personas que viajan solas: el marqués de Raverdan...

—Lo conozco. Es el secretario de la embajada —interrumpió la señorita Nelly.

—El comandante Rawson...

—Es mi tío —comentó alguien.

—El señor Rivolta...

—Presente —exclamó alguien entre nosotros, un italiano cuyo rostro estaba oculto bajo una barba de un hermoso color negro.

La señorita Nelly se echó a reír.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —continué—, nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que el culpable es el último de la lista.

—¿Es decir?

—Es decir, el señor Rozaine. ¿Alguien de ustedes conoce al señor Rozaine?

Nadie contestó. Pero la señorita Nelly se volvió hacia el joven taciturno cuyas atenciones hacia ella me atormentaban y le dijo:

—Y bien, monsieur Rozaine, ¿por qué no responde?

Todos nos volvimos hacia él. Era rubio.

Debo confesar que sentí un pequeño sobresalto. Y el molesto silencio que cayó sobre nosotros indicaba que los otros asistentes a aquella escena también sintieron esa misma angustia. Sin embargo, la idea era absurda, porque no había nada que levantara ninguna sospecha en el porte de aquel caballero.

—¿Que por qué no respondo? —dijo—. Pues porque, teniendo en cuenta como me llamo, que viajo solo y el color de mi pelo, he llegado a la misma conclusión que ustedes. Opino que deberían arrestarme.

Tenía un aspecto extraño al pronunciar esas palabras. Sus labios, delgados como dos trazos inflexibles, se afinaron todavía más y palidieron. Sus ojos estaban veteados por unos hilillos de sangre.

Por supuesto, estaba bromeando, pero su apariencia y actitud nos impresionaron.

—Le falta la herida del brazo —comentó la señorita Nelly, ingenuamente.

—Es cierto, me falta la herida —contestó él.

Con un gesto nervioso, se subió la manga y nos mostró el brazo. Sin embargo, enseguida me di cuenta de algo. La seño-

rita Nelly y yo intercambiamos una mirada: el hombre había enseñado el brazo izquierdo.

Estaba a punto de comentarlo cuando otro incidente desvió nuestra atención. Lady Jerland, la amiga de la señorita Nelly, llegó corriendo en ese preciso instante.

Estaba visiblemente alterada. Nos apiñamos a su alrededor y, con gran esfuerzo, logró balbucear:

—¡Mis joyas, mis perlas! ¡Se lo han llevado todo!

Pero no, no se lo habían llevado todo, como pronto descubrimos. El ladrón había actuado de manera muy curiosa: ¡se había llevado solo una selección!

La estrella de diamantes, el colgante con incrustaciones de rubí, las pulseras y los collares rotos conservaban las piedras más grandes, pero les habían quitado las más finas y preciosas, aquellas de mayor valor y que ocupaban menor espacio. Las monturas seguían sobre la mesa. Allí las vi, como todos, despojadas de sus joyas como si fueran flores con los hermosos pétalos de colores arrancados.

Y para cometer semejante robo durante la hora en que lady Jerland tomaba el té, en pleno día y en un pasillo muy concurrido, había sido preciso forzar la puerta del camarote, buscar una pequeña bolsa escondida en el fondo de una sombrerera, abrirla y hacer la selección.

El grito fue unánime entre nosotros. Todos los pasajeros llegaron inmediatamente a la misma conclusión en cuanto al robo: era obra de Arsène Lupin. Y con razón, pues ese era su *modus operandi*, complicado, misterioso, inconcebible..., pero lógico, al fin y al cabo; puesto que, de haberse llevado todas las joyas, le habría resultado difícil ocultar el gran volumen del botín pero si se llevaba solo las pequeñas piedras por separado —perlas, esmeraldas, zafiros—, el problema disminuía considerablemente.

A la hora de la cena, los asientos a la derecha y a la izquier-

da de Rozaine permanecieron vacíos. Durante la noche nos enteramos de que el capitán había requerido su presencia.

Su detención, algo que nadie ponía en duda, produjo un verdadero alivio. Por fin respirábamos tranquilos. Aquella noche retomamos los juegos. Bailamos. La señorita Nelly especialmente dio muestras de una alegría arrolladora que me convenció de que, si en un principio las atenciones de Rozaine le habían resultado gratas, ya estaban olvidadas. Su gracia acabó de conquistarme. Hacia la medianoche, bajo la serena claridad de la luna, le declaré mi devoción con un ardor que no pareció desagradarle.

Pero al día siguiente, ante la estupefacción general, nos enteramos de que los indicios contra Rozaine no eran suficientes y de que había quedado en libertad.

Había presentado documentos completamente en regla que demostraban que era hijo de un importante comerciante de Burdeos. Además, en sus brazos no había ni rastro de ninguna herida.

—¡Papeles! ¡Partidas de nacimiento! ¡Arsène Lupin puede presentar todas las que quieran! —clamaban los enemigos de Rozaine—. Y en cuanto a la herida, lo que ocurre es que en realidad no sufrió ninguna... ¡o bien la marca ha desaparecido!

Se les señaló que, tal como se llegó a demostrar, a la hora del robo Rozaine paseaba por la cubierta, a lo que respondieron:

—¿De verdad creen que un hombre como Arsène Lupin no es capaz de cometer un crimen sin estar presente?

Además, aparte de todas las extrañas circunstancias, quedaba un asunto al que ni siquiera los más escépticos podían responder: ¿qué otra persona, a parte de Rozaine, viajaba sola, tenía el cabello rubio y su nombre comenzaba por R? ¿De quién hablaba el telegrama si no era de él?

Así que cuando Rozaine se dirigió audazmente hacia nuestro grupo poco antes del almuerzo, la señorita Nelly y lady Jerland se levantaron de sus asientos y se marcharon, sin duda, presas del miedo.

Una hora más tarde, una circular escrita a mano iba pasando entre la tripulación, los marineros y los viajeros de todas las clases: el señor Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin o descubriera a la persona en posesión de las joyas robadas.

—Y si nadie me ayuda a enfrentarme a ese bandido, me las veré con él por mi cuenta —declaró Rozaine al capitán.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según la opinión popular, Arsène Lupin contra Arsène Lupin. ¡El enfrentamiento no carecía de interés!

La situación se prolongó durante dos días.

Se vio a Rozaine deambulando día y noche, mezclándose entre el personal, interrogando, investigando. Por las noches, veíamos su sombra, rondando.

Por su parte, el capitán desplegó también una actividad encomiable. Recorrió el *Provence* de arriba abajo, examinando todos los rincones. Se registraron todos los camarotes, sin excepción, con el pretexto de que las joyas podrían estar ocultas en cualquier lugar, excepto en la cabina del ladrón.

—Imagino que al final acabarán por descubrir algo, ¿verdad? —me preguntó la señorita Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas desaparezcan.

—Exacto —le respondí—. De lo contrario, habrá que registrar las copas de cada sombrero, el forro de las americanas y todo cuanto llevamos puesto.

Después, al mostrarle mi cámara Kodak, una 9x12 con la que no dejaba de fotografiarla en las poses más variadas, añadí:

—En un aparato no mayor que este se podrían esconder todas las joyas de lady Jerland. Bastaría con fingir que se hacen fotos y nadie sospecharía.

—Pero se dice que no existe un ladrón que no deje pista alguna.

—Sí, hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque piensa no solo en el robo, sino también en cualquier circunstancia relacionada que pueda apuntar hacia él.

—Antes se mostraba usted más confiado.

—Sí, pero después lo he visto en acción.

—Entonces, ¿qué piensa?

—Bueno, en mi opinión, creo que estamos perdiendo el tiempo.

Y, de hecho, las pesquisas siguieron sin dar resultado, o más bien el que dieron no se correspondió en absoluto con el esfuerzo general: habían robado el reloj del capitán.

Furioso, el capitán redobló sus esfuerzos y vigiló a Rozaine, al que ya había interrogado varias veces, más de cerca que antes. Al día siguiente, por una graciosa ironía, el reloj apareció entre los cuellos postizos del segundo oficial.

El incidente tenía cierto cariz de prodigio, y demostraba a la perfección el estilo humorístico de Arsène Lupin, ladrón, sí, pero también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, cierto es, pero también para divertirse. La situación recordaba al autor que casi muere de un ataque de risa provocado por su propia obra.

Sin duda estábamos ante un artista en su género, y cada vez que observaba a Rozaine, sombrío y reservado, y pensaba en el doble papel que estaba desempeñando, no podía evitar sentir cierta admiración.

La antepenúltima noche, el oficial de guardia oyó unos

gemidos que provenían del lugar más oscuro del puente. Se acercó y encontró a un hombre allí tendido, con la cabeza envuelta en una gruesa bufanda gris y las manos atadas con una delgada cuerda.

Desataron al hombre, lo ayudaron a incorporarse y le ofrecieron los cuidados oportunos.

Era Rozaine, a quien, en una de sus expediciones, habían agredido, atado y robado.

En su ropa, sujeta con un alfiler, una tarjeta de visita en la que rezaban estas palabras:

*Arsène Lupin acepta gustoso los diez mil francos
ofrecidos por Rozaine.*

Pero la cartera robada contenía veinte mil.

Naturalmente, se acusó al desafortunado de haber simulado el ataque. Pero, aparte del hecho de que no podía haberse atado de esa manera a sí mismo, comprobaron que la caligrafía de la tarjeta era completamente distinta de la de Rozaine y que se asemejaba a la letra de Arsène Lupin conforme aparecía reproducida en un viejo periódico que encontraron a bordo.

Así pues, Rozaine no era Arsène Lupin, sino el hijo de un comerciante de Burdeos y ¡aquel acto terrible confirmaba una vez más la presencia de Arsène Lupin a bordo!

Cundió el pánico. Ya nadie se atrevía a permanecer a solas en su camarote, y mucho menos a aventurarse sin compañía por las zonas menos frecuentadas del barco. Los pasajeros se agrupaban por seguridad y, sin embargo, a pesar de la cercanía física, a los conocidos más íntimos les separaba un sentimiento mutuo de desconfianza. Y es que la amenaza no la presentaba un individuo aislado y, por dicha razón, menos peligroso. En aquel momento Arsène Lupin podía ser... cual-

quiera, todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía poderes milagrosos e ilimitados. Se le creía capaz de adoptar los disfraces más inesperados, de ser en ocasiones el comandante Rawson, en otras el noble marqués de Raverdan, o incluso, pues nadie se limitaba ya a la acusadora inicial del nombre, tal o cual persona conocida por todos, aunque viajara acompañada de su esposa, niños y criados.

Los primeros telegramas no trajeron noticias. Al menos, el capitán no nos comunicó novedad alguna, y tal silencio no resultaba en absoluto tranquilizador.

Por tanto, el último día de viaje se nos hizo interminable. Vivíamos con miedo constante a algún nuevo desastre que, en esta ocasión, ya no se limitaría a un robo, ni a una simple agresión; esta vez sería un crimen, un asesinato. Éramos incapaces de admitir que Arsène Lupin iba a limitarse a aquellos dos robos insignificantes. Dueño absoluto del buque ante la impotencia de las autoridades, podía desear lo que quisiera. Nuestra propiedad y nuestras vidas estaban a su merced.

Confieso que para mí fueron unas horas deliciosas, pues me garantizaron la confianza de la señorita Nelly. Impresionada por los sorprendentes acontecimientos y siendo de naturaleza inquieta, buscó junto a mí una protección y seguridad que yo le ofrecí encantado.

Para mis adentros, le di las gracias a Arsène Lupin. ¿No había sido él el artífice de nuestro acercamiento? Gracias a él, ahora podía dejarme llevar por mis felices sueños de amor, por qué no confesarlo, cada vez menos quiméricos. Aunque los Andrésy son una buena estirpe, su escudo había perdido cierto lustre, y a mí no me parecía indigno que un caballero tuviera en mente recuperar el prestigio de su nombre.

Además, sentía que dichos sueños no molestaban a la señorita Nelly. Sus ojos sonrientes me animaban a darles rienda suelta. La dulzura de su voz me daba esperanzas.

Y hasta el último momento, apoyados sobre la barandilla de la borda, permanecimos el uno junto al otro, mientras que el horizonte de la costa americana se perfilaba ante nosotros.

Se había abandonado la búsqueda del ladrón. Estábamos a la espera. De primera a tercera clase, donde se arremolinaban los emigrantes, todos aguardábamos el momento supremo en el que, finalmente, se explicaría el misterioso enigma. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre y disfraz se ocultaba el famoso ladrón?

Y ese momento supremo llegó. Aunque viviera cien años, nunca olvidaría ni el más mínimo detalle.

—Qué pálida está, señorita Nelly —le dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo casi desmayada.

—Y usted —me respondió ella—, qué cambiado está.

—Es un momento apasionante y me siento muy feliz de poder vivirlo junto a usted. Sé que su recuerdo me acompañará durante mucho tiempo.

No me escuchaba, estaba nerviosa y febril. Bajaron la pasarela pero, antes de que pudiéramos usarla, unos oficiales de aduanas uniformados subieron a bordo.

La señorita Nelly balbuceó:

—No me sorprendería que ahora dijeran que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía.

—Quizá prefirió la muerte a la deshonra y se arrojó al Atlántico para evitar la detención.

—No bromeo —me dijo, molesta.

De pronto, me estremecí y, cuando ella me preguntó qué me pasaba, le respondí:

—¿Ve a ese anciano de pequeña estatura al final de la pasarela?

—¿El del paraguas y el redingote de color verde oliva?

—Es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el famoso policía que ha jurado atrapar a Arsène Lupin. Ahora entiendo por qué no recibimos noticias de este lado del Atlántico. Ganimard estaba aquí y no le gusta que se ocupen de sus asuntos.

—Entonces, ¿va a detener a Arsène Lupin?

—¿Quién sabe? Al parecer, Ganimard jamás lo ha visto sin maquillar y sin ir disfrazado. Así que, a menos que conozca el nombre bajo el cual se oculta...

—¡Ah! —exclamó ella con esa curiosidad peculiar de las mujeres—. Me encantaría poder ser testigo de su detención.

—Paciencia. Seguro que Arsène Lupin ya sabe que su enemigo le espera. Preferirá salir del barco entre los últimos, cuando los ojos del viejo policía estén ya cansados.

Comenzó el desembarque. Apoyado en su paraguas y con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la multitud que se apretujaba en la pasarela. Noté que un oficial de a bordo, colocado detrás de él, le iba informando de vez en cuando.

El marqués de Raverdan, el comandante Rawson y el italiano Rivolta desfilaron, entre otros. Y entonces vi que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! Todavía no parecía repuesto de sus desventuras.

—Podría ser perfectamente él —comentó la señorita Nelly—. ¿Qué piensa usted?

—Creo que sería muy interesante tener a Ganimard y a Rozaine en la misma foto. Coja la cámara, voy demasiado cargado.

Le di la cámara, pero demasiado tarde para que la usara. Rozaine ya había pasado junto al detective. El oficial susurró algo al oído de Ganimard, quien se encogió ligeramente de hombros, y Rozaine pasó.

Dios mío, entonces, ¿quién era Arsène Lupin?

—¿Quién puede ser? —preguntó ella en voz alta.

Ya no quedaban más de veinte personas a bordo. Los observó uno por uno, atentamente, temiendo que Arsène Lupin no estuviera entre ellos.

—No podemos esperar mucho más —le dije.

Ella se adelantó y yo la seguí. Sin embargo, no habíamos dado ni diez pasos cuando Ganimard se interpuso en nuestro camino y nos impidió continuar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Un momento, señor. ¿Qué prisa tiene?

—Acompaña a la señorita.

—Un momento —repitió, en tono autoritario.

Me observó detenidamente y luego, clavando sus ojos en los míos, me dijo:

—Arsène Lupin, ¿verdad?

Me eché a reír.

—No, Bernard d'Andrésy.

—Bernard d'Andrésy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard d'Andrésy estuviera muerto, no estaría aquí. Pero no es el caso. Aquí están mis papeles.

—Sí, son los papeles de Andrésy, pero será un placer para mí explicarle cómo han llegado a su poder.

—Pero ¿qué locura es esta? Arsène Lupin navega bajo el nombre de R.

—Sí, otro de sus trucos, una pista falsa para despistar. Eres muy listo, muchacho, pero esta vez la suerte se ha puesto en tu contra. Venga, Lupin, demuéstranos que te lo puedes tomar con deportividad.

Dudé un momento. Después me propinó un fuerte golpe en el brazo derecho y lancé un grito de dolor. Me había dado en la herida todavía sin curar que mencionaba el telegrama.

No quedaba otra opción que resignarse. Me di la vuelta

hacia la señorita Nelly. Lo había oído todo y estaba lívida, vacilante.

Su mirada se encontró con la mía, luego la bajó hacia la cámara de fotos que le había entregado. Hizo un gesto brusco y tuve la sensación de que acababa de entenderlo todo. Sí, allí estaban, entre los estrechos pliegues del cuero negro y granulado, entre los huecos de aquel pequeño objeto que había tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que Ganimard me detuviera, allí se escondían los veinte mil francos de Rozaine y las perlas y los diamantes de lady Jerland.

Juro que en ese momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus agentes me rodearon, todo me era indiferente; mi detención, la hostilidad de los demás, todo, excepto una cosa: la decisión que tomaría la señorita Nelly con respecto a lo que le acababa de confiar.

No tenía duda alguna de que era una prueba material y concluyente, pero ¿decidiría la señorita Nelly presentarla?

¿Me traicionaría? ¿Procedería como un enemigo que no perdona o bien como una mujer con recuerdos cuyo desprecio se ve suavizado por sentimientos de indulgencia y por una simpatía involuntaria?

Pasó ante mí. Yo la saludé sin una palabra. Avanzó por la pasarela y se confundió con los otros pasajeros, con mi Kodak en la mano.

«Sin duda —pensé—, no se atreve, no públicamente. La entregará en una hora, en un instante».

Pero, al llegar a mitad de la pasarela, con un movimiento torpe y mal disimulado, dejó caer la cámara al agua entre la embarcación y el muelle.

Luego la vi alejarse.

Su bella silueta se mezcló con la multitud, apareció y desapareció de nuevo por última vez. Todo había terminado. Para siempre.

Por un instante, me quedé inmóvil, triste y a la vez invadido por una dulce ternura. Después, para gran asombro de Ganimard, suspiré:

—Qué lástima no ser un hombre honesto.

Fue así como, en una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su detención. Los diversos incidentes que plasmaré más tarde han establecido entre nosotros ciertos lazos que podrían considerarse... ¿amistosos? Sí, me atrevería a decir que Arsène Lupin me honra con su amistad y que gracias a esa amistad se presenta a veces en mi casa de improviso, llenando el silencio del gabinete donde trabajaba con su alegría juvenil, con el resplandor de su vida ardiente, con el buen humor de un hombre para quien el destino no guarda más que favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo describirlo? Lo he visto veinte veces y cada una de ellas era una persona diferente... o, mejor dicho, el mismo ser, pero reflejado en veinte espejos, ofreciendo otras tantas imágenes deformadas, cada una con sus ojos particulares, sus facciones especiales, su gesto propio, su silueta y su carácter.

—Incluso yo ya no sé ni quién soy —confesó en una ocasión—. No me reconozco frente al espejo.

Genialidad y paradoja, sin duda, pero también verdad para con aquellos que se tropiezan con él y que ignoran sus recursos infinitos, su paciencia, su arte para maquillarse, sus facultades prodigiosas para transformar hasta las proporciones de su rostro y alterar incluso la relación existente entre sus rasgos.

—¿Por qué debería tener una apariencia definida? —añadió—. ¿Por qué no evitar el peligro de una personalidad que siempre es la misma? Mis actos me definen lo suficiente.

Y, a continuación, con un toque de orgullo, precisó:

—Si nadie puede decir con absoluta certeza «Este es Arsène Lupin», mejor. Lo esencial es que puedan decir sin temor a equivocarse: «Esto es obra de Arsène Lupin».

Son algunos de sus actos, algunas de sus aventuras, lo que trato de reconstruir, de acuerdo a las confidencias que generosamente compartió conmigo varias tardes de invierno, en el silencio de mi gabinete...

